COMEDIA FAMOSA.

VIDA, Y MUERTE DE EL CID CAMPEADOR, Y NOBLE MARTIN PELAEZ.

DE UN INGENIO DE ESTA CORTE.

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA.

El Cid.	*El Rey Bucar.*	*Brianda.*	*Soldados Christianos.*
Martin Pelaez.	*Alvar Fañez.*	*Altisidora la Infanta.*	*Soldados Moros.*
Chaparrin, Gracioso.	*Lain.*	*Arlaja.*	*Acompañamiento.*
Pelayo, Viejo.	*Bermudo.*	*Celinda.*	
El Rey D. Alfonso.	*Doña Elvira.*	*Alí, Moro.*	

JORNADA PRIMERA.

Salen el Rey Bucar, Alí, y Moros.

Rey. QUE à vista de Valencia está la Infanta?
Alí. Palas en el valor puso la planta
sobre el muro de Murcia, y victoriosa
de Celin tu enemigo, como Diosa
la respeta su Exercito arrogante.
Rey. Oy ha de entrar triunfante,
qual Semiramis bella en Babilonia,
con todos los Soldados de Esclavonia:
bien Solimán, con magico desvelo,
por el caracter del luciente velo,
aseguró que su valor sería
laurél de mi dichosa Monarquía.
Esta la causa ha sido,
que su bélico ardor no he reprimido;
por ella pienso ser de la campaña
Emperador de la invencible España.
Alí. Con Arlaja, y Celinda, que Amazonas
son de la Siria Zonas,
se atreve à conquistar por maravilla
una, y otra Castilla,
y tanto amor tu Exercito le tiene,
y tan gustosa viene
militando en su bélica vandera,
como si Marte fuera
su mismo General. *Tocan.*
Rey. Los instrumentos
bélicos rompen los sutiles vientos.
Alí. Dichoso dia la Ciudad espera.
Rey. Venus, y Marte baxan de su esfera.
Tocan caxas, y salen por un palenque la Infanta, Arlaja, Celinda, y Soldados.
Inf. Alá prospere, señor,
tu vida, que guarde el Cielo,
para que veas unidos
à tu soberano Imperio
desde Zaragoza al Betis,
desde Cantabria à Toledo,
y desde el fuerte Moncayo
à los altos Pirinéos.
Rey. Hija, en mis brazos recibe
el parabien del aliento
militar, que te acompaña;
y pues el Profeta nuestro
Brazo de Alá te acredita
en los Palacios excelsos,
tu corazon, si no mienten
los Celestiales quadernos,
de la diestra de Mahoma
será con valor supremo,
en favor del Alcorán,
rayo, relampago, y trueno.
Sepa yo de tu venida
el admirable suceso.
Inf. Oye, señor, mis hazañas.
Rey. Prosigue pues. *Inf.* Está atento.
Supe que el Rey de Murcia Celidoro
hizo amistad, señor, con el Christiano,
y que el tributo de la Luna de oro

te negaba el Genizaro tyrano:
Doy orden al Baxá Mahomedoro,
que con el Tercio bélico Africano
desde Denia baxase à la campaña,
unióse à mi valor, y tembló España.
Celidoro, y su gente por la cumbre
de un monte divisamos, quando el dia
abriendo la pestaña de su lumbre,
iba aclarando la tiniebla fria:
Descubrióse la inmensa muchedumbre,
y pareció que el Cielo nos llovia
hombres al valle, ò que segun rodaban,
que los ayres turbantes granizaban.
En una Alfana Syriaca nevada
se presentó Celín baxando un monte,
y en otra del Jordanico criada,
al paso le salió Celeridonte:
Yo no sé si chocó Sierra nevada
con el Alpes, el Etna, y el Oronte;
sé, que al chocar el uno, y otro rayo
aquel fué Pirinéo, este Moncayo.
Presentóseme el bélico Celino
en un bruto de Betis indomable,
pongo la lanza en riste, y de camino
le paso el pecho con valor notable:
Clavéle el cuerpo en el robusto pino,
y al dar dentro del pecho vegetable
el ultimo suspiro horrible, y bronco,
el alma le saqué dentro del tronco.
Del esquadron de los Christianos Soles,
y del quartel de los ginetes Canes
se encuentran en Pegasos Españoles
Zulema, y el valor de los Guzmanes:
Rompen las lanzas, vuelan los faroles,
llevando los Planetas por imanes,
y el mismo Marte, por andar al uso,
por penachos marciales se los puso.
El Alfaquí, que el Alcorán enseña,
contra Muza salió de saña armado,
desde la cima de una parda peña
à los Abismos vino despeñado:
Al Profeta invocó de breña en breña,
y segun era Muza de alentado,
de un vuelo le arrojó desde la loma
sobre el gran Paraíso de Mahoma.
Los dos Rios, señor, de Andalucia,
Zegries, y Gomeles, se encontraron,
y en las centellas delficas del dia,
à pesar de la Parca se abrasaron:
Parecióle à la muerte, que podia
descansar en el centro que buscaron,
y halló que en la palestra que ocupaban,
las almas inmortales peleaban.
Dispararon los dardos, y saetas,
poblando la region del ayre pura,
dos nubes parecieron, dos cometas,
émulas de la antorcha mas colura:
Subieron en nivél las pardas metas,
y al baxar la esfera mas segura,
las puntas por los rumbos sucesivos
se clavaron en cuerpos medio vivos.
Encendióse la guerra poderosa,
tocó à muerte el impulso de las vidas,
inundóse de sangre belicosa
el arroyo inmortal de las heridas:
Arrojaronse al agua tenebrosa
las Esquadras mas fuertes, y atrevidas,
y como con su Sangre les brindaron,
en purpura caliente se anegaron.
Los ginetes de Denia belicosos,
que Celinda, y Arlaja gobernaban,
cerraron los Tercios animosos,
que à la parte del Norte se quedaban:
Avanzaronse tanto, que en los fosos
del Fuerte de Celín, donde esperaban
algun socorro, los dexaron muertos,
inundando de sangre los desiertos.
Fué el despojo, señor, mil prisioneros,
cien carros de marlotas, y turbantes,
treinta Elefantes, de Africa guerreros,
y mil arcos flecheros de diamantes,
quatrocientos fortisimos aceros,
cien Alfanas Jordanicas volantes,
y seiscientos Caballos Andaluces,
hypogrifos del carro de las luces.
Murcia queda, señor, à tu obediencia,
los Castillos de Elche reducidos
à la Alcorana Luna de Valencia,
y los Campos de Lorca destruídos,
temblando los rebeldes en tu ausencia,
los feudos otra vez restituídos,
deshecha la amistad de los Christianos,
y con fama inmortal los Africanos.
Todo, señor, se debe à tu Corona,
triunfa, conquista, emprende, solicita,
postra, rinde, sujeta, perfecciona,
tala, reforma, dá, castiga, quita,
rompe, acomete, ensalza, sigue, abona,
alcanza, fortalece, facilita;
y pues no puede haber quien te lo estorve,

gima el Mar, tiemble el Sur, caduque el Orbe.

Rey. Vuelve otra vez à mis brazos,
Sol de la Luna que observa
nuestro Alcorán, pues de todas
eres el mayor Planeta;
y vosotras Amazonas
de la Nobleza Agaréna,
llegad à mis brazos. *Arl.* Todas
el valor que nos alienta,
recibimos de la Infanta.

Cel. Como en nuestras almas reyna,
la luz de ella recibimos,
como el Sol de las Estrellas.

Inf. Supuesto, pues, que rendido
el Reyno de Murcia queda,
demos principio, señor,
à conquistar nuevas tierras.
El Rey Alfonso ha heredado
las dos Castillas sobervias
por la muerte de su hermano
Don Sancho, que con la flecha,
ò venablo, le dió muerte
sobre Zamora la bella,
Bellido Dolfos, y ahora
pretende entrar por Requena
à sangre, y fuego talando
las Catholicas Vanderas.
Los Barberiscos ginetes,
que se quedaron en Denia,
entren mañana, señor,
en la Ciudad de Valencia.
El Baxá Miramolin,
con sus Soldados, la Vega
del Turria puede ocupar;
y por la parte siniestra
de las Montañas del Sur
Almozarén nos defienda
las Campañas del Moral.
Nuevos trabucos de guerra
se traygan de Berbería,
y con la marcial defensa
que de Marruecos embia
el grande Mahomad, Valencia
por señor de las gentes,
por arbitro de la tierra,
por mejor jardin del Mundo,
ponga sus Regias Vanderas
sobre los muros de Burgos,
de Pamplona, y de Palencia.

Rey. Vén ahora à descansar,
que en la Mezquita te espera
casi la Nobleza toda
del Reyno, para que seas
honor, y gloria de quantas
ilustres Matronas Regias
defendieron con sus armas
à la gran casa de Meca.

Inf. Yo espero que aqueste brazo,
de Alá soberana diestra,
ha de poner las diez Lunas,
que dexó nuestro Profeta,
à pesar de los Christianos,
sobre la Ciudad excelsa
del gran Alfaquí de Roma,
Pontifice de su Iglesia. *Vanse.*

Salen el Rey Don Alfonso, y Bermudo.

Alf. Qué el Cid contra mi decreto,
hasta Toledo ha llegado?

Berm. Mil Moros ha cautivado,
contra el debido respeto,
que se debe à la alianza,
que hiciste sin ambicion
con el Rey Alimenon,
debida à la confianza:
Tus tierras ha destruido
por una que te ha ganado:
juramento te ha tomado
en la traícion de Bellido,
y à su devocion ha puesto
los Capitanes de fama,
y en el Africa le llama
el arabigo contexto
el absoluto Señor
de la bélica campaña,
y se imagina de España
absoluto Emperador,
y à las Cortes no ha venido
por su ambicion singular.

Alf. Don Rodrigo de Vivar
toda mi gracia ha perdido. *Tocan.*

Berm. El à Palacio ha llegado.

Alf. Aunque à Castilla le importe
su valor, oy de la Corte
ha de salir desterrado.

Salen el Cid, Alvar Fañez, y Lain.

Cid. A vuestros pies hace alarde
Don Rodrigo de Vivar,
que en este mismo lugar
llegó à merecer::: *Alf.* Ya es tarde.

Cid. Por su valor, y lealtad,
en Castilla conocida,
sino la fama adquirida
por sus hazañas::: *Alf.* Alzad.
Cid. Parece que con disgusto
me recibis, gran señor,
y es justo que à mi valor
se favorezca::: *Alf.* No es justo.
Cid. No es justo? *Alf.* No. *Cid.* Pues mi fé
en qué, Alfonso, os ha agraviado,
qué causa, señor, he dado
para que vos::: *Alf.* Yo la sé.
Cid. Vos lo sabeis, mi lealtad
se amancilla sin honor;
si algun aleve traydor
de mi os ha dicho::: *Alf.* Escuchad.
Dias ha, Cid Campeador,
que me tiene disgustado
vuestra materia de estado,
indigna de mi valor.
En primer lugar presento
à vuestra sobervia idéa,
que dentro Santa Gadéa
me tomasteis juramento
sobre si parte tenia
en la muerte de mi hermano,
desacato soberano,
y especie de alevosía;
pues fuera mas justa ley,
de la nobleza aplaudida,
que le quitarais la vida
à quien dió la muerte al Rey:
pues dixo alguno en Toledo,
que quando al muro llegasteis,
de Zamora, no pasasteis,
ù de cautela, ù de miedo.
El segundo cargo ha sido
tan vuestro como infiel,
pues con animo cruel
el Reyno habeis destruído
del Rey Moro de Toledo,
que en mi palabra fiado,
estaba bien descuidado
de semejante denuedo.
Quien os dió licencia à vos
para quebrantar las leyes,
que ajustaron vuestros Reyes
puestos por manos de Dios
sobre la tierra? que hazaña,
puede ser la que ha rompido
el furor favorecido
por mi Consejo en España?
Fuera de esto, os he llamado
à las Cortes, y fingisteis
que en la guerra anduvisteis
conquistandome un Estado.
Y quando à Cuenca queria
con mis armas conquistar,
me dixisteis vos Vivar,
que experiencia no tenia
de la guerra, que era mozo
para salir à campaña,
sin castigar en España
el desvelo cauteloso
de algunos, que mal contentos
estaban de mi poder:
accion de no obedecer
mis bien fundados intentos,
siendo asi que se condena
vuestro consejo fingido,
pues os fuisteis atrevido
à ver à Doña Ximena,
y me dexasteis, Rodrigo,
con la carga del Imperio,
sujeto à que en cautiverio
me pusiese el enemigo.
Todos estos cargos son
tan ciegos por la codicia,
que están pidiendo justicia
à mi recta indignacion.
Vasallo tan atrevido
no ha de vivir en mi tierra,
alimentele la guerra,
pues de la guerra ha vivido.
Salid luego desterrado
de mi Reyno, que no es justo,
que yo reciba disgusto
de un vasallo, que ha llegado
à oponerse à mi poder,
llevado de su valor,
que el criado à su señor
debe siempre obedecer.
La sentencia que os he dado
cumplid luego, porque sea
la jura en Santa Gadéa
escandalo de mi Estado.
Los puestos, y los thesoros,
que adquiristeis en la guerra,
veré si puedo en mi tierra
confiscallos contra Moros;

y

y esta ley de mi grandeza
se cumpla como ella está;
porque de no, baxará
à los pies vuestra cabeza. *Hace que se va.*
Cid. Sin oírme os quereis ir?
no, Rey Alfonso, volved,
que os llama el Cid, deponed
vuestro enojo, que cumplir
debo. *Alf.* No es tiempo. *Cid.* Escuchad.
Alf. No teneis que persuadirme.
Cid. Digo otra vez, que ha de oírme,
señor, vuestra Magestad:
acordaos que soy el Cid.
Alf. Ya lo sé: no sois ::: *Cid.* Yo intento:::
Alf. Quien me tomó el juramento?
Cid. El mismo soy. *Alf.* Proseguid.
Cid. En primer lugar, mi espada,
y este brazo, que la abona,
os puso bien la Corona,
que aunque estaba laureada
vuestra cabeza Real
por la justa succesion,
sin tomar la prosesion
os asentaba muy mal.
Si juramento os tomé,
no fue contra la lealtad,
antes à la Magestad
perfectamente aboné.
Porque apenas mal contento
el Vulgo barbaro ví,
quando el daño redimí
con la ley del juramento.
Si por la junta, ò las leyes
os quexais de enojo ciego,
cumpla yo con Dios, y luego
quexense de mi los Reyes.
El traydor que os dixo, sí,
que à Bellido no maté,
y que de miedo no entré
la puerta (pesar de mi!)
de Zamora, vive Dios,
que os ha engañado en Toledo:
decidle que busque al miedo,
porque hablando entre los dos,
si en mi valor se repara,
por San Pedro de Cardeña,
que si el miedo no me enseña,
que no le he visto la cara.
Quando à Zamora llegué,
el traydor, buscando el centro
de su vida, estaba dentro,
cerrada la puerta hallé.
Vuestra sangre me obligó
à no trepar por el muro,
que en él no estaba seguro
el traydor que le mató:
qué es el traydor sin segundo?
por San Millán que matára
quantos traydores hallára
por el termino del Mundo.
Y si alguno os ha informado
mal de mi ::: pero este Solio,
de los Reyes Capitolio,
es un divino Sagrado.
El decoro no perdamos
al lugar que obedecemos,
las pasiones moderemos,
y al segundo cargo vamos.
Si en las Cortes, si se advierte,
no me hallé, fue porque estaba
con los Moros, que mataba,
en las Cortes de la muerte.
No os faltó mi voto à vos,
que en la guerra singular
voto hice de matar
los enemigos de Dios.
Los dos vimos en la tierra
vuestro valor mejorado,
vos en Consejo de Estado,
yo en el Consejo de Guerra.
No falté à la Magestad,
que en las Cortes del valor,
cada palabra, señor,
os valía una Ciudad.
Culpaisme porque atrevido,
con Catholico denuedo,
hice guerra à el de Toledo?
el Barbaro la ha tenido.
Qué consejo soberano
puede aprobar en su tierra
que rompa el Moro la guerra,
y no la rompa el Christiano?
No me hableis con intencion,
que sé por cosa muy clara,
que si à Toledo os ganára,
que aprobarades la accion.
Si à Cuenca no permití
que se conquistase, fue,
porque desigual hallé
la fuerza que en vos no ví.

No

No está el arte del vencer
en la juventud, señor,
la experiencia es, en rigor,
la ciencia del poseer.
La guerra se ha de intentar
con muy maduro consejo,
el poder es un espejo
donde se debe mirar.
Y sabed, por maravilla,
que os conquistó mi persona
desde Toledo à Pamplona,
desde Galicia à Castilla.
Quince Reyes he vencido,
diez Castillos he ganado,
un Reyno os he conquistado,
y una Provincia rendido.
Y finalmente, aunque vos
me desterreis por estado,
no teneis ningun Soldado
mejor que yo, voto à Dios,
y esta espada. *Alf.* Basta, digo.
Cid. No basta, Rey soberano,
que los disgustos de un Rey
son muerte de los vasallos:
Que os dexé, me decís vos,
mejor, señor, os dexaron
en los Campos de Viana
esos Infanzones bravos,
Capitanes de la embidia,
lisongeros de Palacio,
quando en poder de quarenta
Agarenos Africanos
os llevaban preso; y yo,
dando espuelas al caballo,
de los quarenta ginetes
diez solos vivos quedaron;
y no quedaron, que huyeron
del noble Cid Castellano.
Y alguno que me está oyendo,
fue el primero, que vagando
los vientos, à rienda suelta
se puso, señor, en salvo.
Yo lo digo, Don Bermudo,
miradme bien, que yo os hablo.
Alf. Don Rodrigo de Vivar,
salid luego desterrado
por un año de mi Corte.
Cid. Yo me destierro por quatro.
Alf. Por atrevido os destierro.
Cid. No soy sino temerario.
Alf. Son muchos vuestros delitos.
Cid. Ya he respondido à los cargos.
Alf. Sin vós viviré contento.
Cid. Vivid, señor, muchos años.
Alf. No sois vos el Cid Ruy Diaz,
el sobervio Castellano?
Cid. Si señor. *Alf.* Guardeos el Cielo:
Don Bermudo. *Berm.* Señor.
Alf. Vamos. *Vanse los dos.*
Alv. Este desprecio has sufrido!
Cid. Es mi Rey, soy su vasallo.
Lain. A no estar el Rey delante,
à Don Bermudo::: *Cid.* En Palacio
todo es respeto, Laín.
Alv. Ese, señor, veneramos.
Cid. Ea, Alvar Fañez, Laín,
del Orbe terror, y espanto,
seguidme, y juntemos luego
nuestros fuertes Aliados
para cercar à Valencia:
conquistemos, Castellanos,
al Rey Alfonso otro Imperio,
en pago de estos agravios.
Alv. A tu lado morirémos,
como valientes Soldados.
Laín. Al calor de tu Vandera,
todos, señor, militamos.
Cid. De las Asturias de Oviedo
oy, Alvar Fañez, aguardo
à Martín Pelaez, mi deudo,
que será grande Soldado
andando en mi compañia:
Tu verás, Alfonso, quanto
debes estimar al Cid,
à quien oy has desterrado,
por haberte dado Imperios,
por haberte conquistado
à Zamora, y à Palencia,
à Valladolid, y à Campos;
pero à pesar de traydores,
esta espada, y este brazo
te conquistarán laureles,
te darán nuevos Estados,
te añadirán nuevos triunfos,
y sabrás desengañado
quien es el Cid,, à quien llaman
el sobervio Castellano.
Vanse, y sale huyendo Martín Pelaez, y su padre tras él, y Chaparrín.
Pel. Hijo, donde vas? espera, *Tocan.*
qué

qué tienes? sosiega, aguarda,
qué nuevo impulso acobarda
tu sangre de esa manera?

Chap. Esa gayta, ò chanfonia,
que el Cid à esta tierra embió,
à los dos nos asustó.

Pel. Tu has de mostrar cobardía,
quando el buen Cid Castellano
te llama para que seas
honor de Asturias, y veas
de tu Solar soberano
el trofeo militar
de tus padres adquirido?
La cytara, que à el oido
de Marte suele alentar,
te altera? *Tocan.*

Mart. Qué desconsuelo!

Pel. Te atemoriza? *Mart.* Qué horror!

Pel. Te acobarda? *Mart.* Qué rigor!

Pel. Te inquieta? *Mart.* Valgame el Cielo!

Chap. No se canse su mercé,
su hijo, y yo somos dos
gallinas, sí, juro à ños.

Pel. Calla, infame. *Chap.* Callaré.

Pel. De la caxa, y el clarin
tiemblas? *Chap.* Como tiemblo yo.

Pel. Tu eres mi hijo? Eso no,
que no es mi sangre tan ruín.

Mart. Ay de mi! Padre, y señor,
el corazon sosegad,
y atentamente escuchad
lo que importa à vuestro honor.
Estas Montañas de Asturias,
que por los altivos montes
de Leon, si no atalayas
del Occeano, son Torres,
son mi Patria: La crianza
que me dieron estos robles,
fue el pacifico silencio,
de aquesta soledad noble,
en cuyo caos divertido,
en cuyo alvergue conforme,
la sábia naturaleza,
de los militares golpes,
de los marciales estruendos,
y belicosos rumores
me libró, y en la eminencia
de aqueste vecino monte,
por merced de las Estrellas,
con impulsos superiores
me dexó por escondido,
y me perdonó por pobre.
Aquí me habeis enseñado
à sembrar la tierra torpe,
à encanecer esa sierra
de los ganados menores;
y desde que vi la luz
del gran padre de Faetonte,
y me mecieron los hados
en la cuna de ese bosque,
de esta silvestre Provincia,
de este rudo Imperio, donde
me crié, nunca he salido
à estrangeros Horizontes;
y en su Reyno, coronado
de peñascos, y de flores,
valles arroyos, y fuentes,
buen Pastor, y mal Adonis,
buen Labrador, mal Soldado,
me alvergo dichoso joven;
en cuya segura vida,
por no tener ambiciones,
por no embidiar las riquezas,
por no aprobar los rigores,
por no agraviar à los Pueblos,
por no robar à los hombres,
por no matar por estado,
ni desagraviar pasiones,
la justicia con que vivo
me coronó de favores.
Parece ser que llevado
vos de aquella sangre noble,
que os dió el Cielo, pretendeis,
porque el Cid la vuestra goce,
siendo tan cercano deudo,
que yo sea, ò que yo logre,
debaxo de su Vandera
de los Alarbes Pendones
el triunfo marcial, ganando
eterno lauro à mi nombre:
Decís bien; pero sabed,
que la harmonia del Orbe
consta de infinitas cuerdas,
desiguales en las voces.
Yo, padre, y señor, no tengo
el aliento vital, donde
consiste el marcial estruendo,
tan fecundo, que corone
de rayos al alvedrio:
No esta arquitectura noble,

no este cuerpo organizado,
ni estas arterias disformes
son alma de este edificio,
sino el corazon, que impone
leyes vitales al brio;
y aunque soy noble, se encoge
tal vez el ardor viviente,
y timidamente torpe,
discurriendo por las venas,
le hiela, le descompone,
le atemoriza, le ofende,
y cobardemente inmovil,
en la oficina del pecho
el alma noble se esconde,
porque el caso no le infame,
y el lugar no le inficione.
Yo no sé de qué procede
este, que atrevido rompe
los impulsos de la ira:
bien sé, que debo à las voces
de la honra, què heredé
de tantos Hidalgos nobles,
acudir; pero si el Cielo,
que reparte por su orden
leyes del quarto Planeta,
que son los marciales Soles,
pequeña paveza aníma
à esta materia de bronce:
qué culpa tiene el discurso,
si el valor no le socorre?
Yo siento en mi, por la parte
de la nobleza un desorden
invencible, un corazon
hecho de dos corazones;
pero al punto que el temor
con argullos gemidores,
con susurro movimiento
me hiela, me descompone
la ira con la templanza,
y à vista de los ardores
el limpio acero suspende,
y el corvo alfange depone.
Y supuesto que yo mismo
no pude hacerme, y que el golpe
de aquesta fortuna adversa
nace de impulsos mayores,
dexadme en mi humilde esfera,
padre, y señor, sin que noten
mis flaquezas inculpables
las estrangeras Naciones:
aqui viviré seguro,
pasando plaza de joven
alentado en el discurso,
que con cordura los hombres
pasarán plaza de Alcídes
encubriendo sus pasiones.
Querer que vaya à la guerra,
es querer que me deshonren
los amigos, y enemigos,
que mis faltas no conocen.
Filosofo soy, que busca
la quietud entre estos robles,
escribiendo sus defectos
en las peñas de estos montes,
que se ocultarán mejor,
que entre laminas de bronce.
Aqui puedo yo, señor,
dar à vuestra casa honores,
sustentando con prudencia
en todas las ocasiones
el valor que me han negado
esos Diafanos once,
impulsos que están pendientes
del ultimo, y primer movil.
No violenteis mi alvedrio,
ni me saqueis contra el orden,
que me dió naturaleza,
à la campaña disforme,
à ser entre los Soldados,
que son de Marte leones,
fabula de vuestra sangre,
y afrenta de mis moyores.
No à todos, señor, nos suenan
bien las Militares voces,
ni los laureles de Marte
aníman los corazones
de los que están enseñados
à oír entre Ruyseñores
clausulas dulces del Alva,
harmonía de los Orbes.
Yo he estudiado en estas hojas,
que los zefiros descogen,
muchas letras naturales;
y à la luz de esos faroles
he leído, que la vida
es un transito que coge
la cuna, y la sepultura,
en cuya mansion el hombre
apenas se acuesta dia,
quando se introduce noche.

Yo no pretendo, señor,
ir del Campo à los salones
de Palacio, à pretender
(por haber muerto à los hombres)
plaza de fiera, ni quiero
que se vistan mis pasiones
de la tunica de Marte.
Vistanse los Ricos-Hombres,
los guerreros, los valientes,
y los bravos Infanzones,
que à mi me basta, señor,
aquella tunica pobre
que nos dá la muerte, quando
nos dá el sepulcro por norte.
Suspended, pues, el decreto,
que no todos los varones
de conocidos Solares
libraron sus pundonores
en las armas, que las letras,
con inmortales renombres
levantaron muchas Casas
al solio de los Señores.
Yo, en efecto, no he nacido
con aquel impetu noble,
con aquel valiente ardor,
que saca entre los humores
el relampago viviente,
que ostenta luces feroces.
Ultimamente, estas breñas
por hijo me reconocen,
aqui pretendo vivir,
sin que la guerra me postre,
sin que la embidia me acabe,
la conquista me corone,
la tyranía me halague,
la crueldad me desenoje,
la atrocidad me condene,
la ciega ambicion me estorve,
y en fin como bruto fiero,
sin ley, sin Dios, y sin nombre,
me coja en pecado aquella
vida, y muerte de los hombres.
Chap. No se canse su mercé,
su hijo, y yo somos dos
gallinas, sí, juro à ños.
Pel. Calla, infame. *Chap.* Callaré.
Pel. Martin Pelaez, hijo, advierte,
que hombre noble nunca ha sido
cobarde, porque ha nacido
peleando con la muerte.
La nobleza es un diamante:
nace bruto el hombre, y luego,
si es noble, descubre el fuego
de aquel ardor vigilante.
Tu, como nunca has salido
à campaña, bruto estás;
pero tu te labrarás
al són de marte lucido.
Tu no tienes sangre mia?
Mart. Si. *Pel.* Pues mi sangre defiendo
como mi sangre. *Mart.* No entiendo
tan noble filosofia:
Si vuestra sangre heredé,
y cumplo con la quietud
las leyes de la virtud,
vuestra nobleza aumenté.
Lo que reparte al formar
Dios, y la naturaleza
al hombre, no habrá nobleza
que se la puede quitar.
Si Dios no me concedió
este marcial frenesí,
quien me puede dar à mi
lo que el Cielo no me dió?
Si el natural accidente
hace de su sér alarde,
cómo puede ser cobarde
quien no ha nacido valiente?
Cobarde se ha de llamar
el que nació con valor,
y no sustenta su honor,
pudiendolo sustentar;
pero el que tuvo al nacer
pacifica inclinacion,
no faltando à la razon,
nadie le puede ofender.
La perfecta cobardía
es aprender à matar;
pero saber perdonar
es la mayor valentía.
De lo que soy me disculpa
la fábrica que formasteis,
porque si vos me engendrasteis,
en qué he tenido la culpa?
Y pues la causa no dí,
dad muchas gracias à Dios,
que no me quexo de vos
de haberme engendrado asi.
Y no os canseis, finalmente,
en reprobar lo que apruebo,

que si no me haceis de nuevo,
yo no puedo ser valiente.
Chap. No se canse su mercé,
su hijo, y yo somos dos
gallinas, sí, juro à ños.
Pel. Calla, infame. *Chap.* Callaré.
Pel. Hijo, el Cid, como Soldado,
quiere que à su lado seas
Scipion, para que veas
tu claro blasón honrado.
Armas, y espada lucida
te embia de la campaña,
y será afrenta de España,
y de Asturias conocida
baxeza, que un hijo suyo,
como tu, no se arme luego
de aquel encendido fuego,
de aquel Mongibelo, en cuyo
incendio vive el ardor
à paz del tiempo inmortal.
Mart. Mirad que os está muy mal,
padre, ese marcial favor.
Pel. Mal me puede estar que veas
la cara à la guerra? *Chap.* Sí.
porque él, y yo::: *Pel.* Quien à ti
te llama para que seas,
bruto, en materia tan grave
Consejero? *Chap.* Porque à yo,
y mi amo, nos parió,
sin duda alguna, aquella ave,
que junto à el gallo se acuesta,
y en espantandole, sí,
à él, me espantan, à mi:
sí por esta Cruz, por esta.
Pel. Mi maldicion te echaré
sino te armas Caballero:
ciñete luego el acero.
Chap. No se canse su mercé,
mi amo, y yo somos dos.
Pel. Infame, tu hablas aqui?
Chap. Si que mi amo está en mi,
y yo estoy en él, por Dios;
porque si mi amo fuere
valiente, lo he de ser yo.
Mart. Siempre un hijo obedeció
à su padre; mas se infiere,
que esta obediencia forzada
en mi viene à ser virtud,
y en vos, padre, ingratitud:
al punto venga la espada.
Chap. La mia venga tambien.
Mart. Armarme quiero (ay de mi!)
Chap. Armarme quiero (ay de ti!)
Pel. Darte quiero el parabien,
Elvira.
Sale Elvira de Labradora, y Brianda.
Elv. Señor. *Pel.* Sobrina,
las armas que le ha embiado
el Cid à tu primo, al punto
las traygan aqui. *Chap.* Del gallo,
Brianda, las plumas à mi,
y aquel, que me dieron, casco
de hierro, con el lanzon
con que alancéo los gansos,
me traygan aqui: señor,
es de burlas este ensayo,
ù de veras? *Mart.* Chaparrin,
luego hablarémos despacio.
Chap. Hemos de ir à matar Moros?
Mart. Es fuerza salir al Campo.
Chap. Armados? *Mart.* Si. *Chap.* Bien está:
Armas, armas.
Sacan en una fuente peto, espaldar, y espada, y le arman à Martin; y para Chaparrin un casco con unas plumas de gallo.
Briand. Ya las traygo.
Elv. En fin, primo, y señor, vais
à la guerra? *Mart.* Si los hados,
ò la fuerza de mi estrella,
Elvira, lo han decretado,
qué remedio? *Elv.* Y nuestro amor?
Mart. Nuestro amor, prima::: turbado *ap.*
estoy de ver este abismo
de confusion, y de espanto.
Pel. Hijo, yo te quiero armar.
Briand. Chaparrín, que ya ha llegado
la hora, en que de esta casa
vayas à la guerra? *Chap.* Vamos
yo, y mi amo à coger liebres,
ò andar à caza de galgos,
que lo mismo son de Moros.
Briand. Díme, no me traerás quatro?
Chap. Como yo los halle muertos,
te traeré ciento. *Briand.* Estás guapo.
Pel. Qué bien te sientan las armas!
pareces un gran Soldado.
Mart. Hay del serlo à el parecerlo,
padre, un camino muy largo.
Pel. Este conquista el valor

con

con el animo esforzado.
Mart. Valgate Dios por valor!
donde estás, que no te hallo?
Pel. En el corazon no sientes,
con esa espada en la mano,
nuevo espiritu? *Mart.* El acero,
como es rayo azicalado,
el espejo de la muerte,
y ya no le temo tanto:
cuerpo de Dios, con las armas
me parece que he cobrado
el espiritu del Cid:
cierra España Santiago.
Tocan el clarín, y tiemblan los dos.
Pel. Eso si, cuerpo de Dios,
el clarin te ha desmayado?
de qué tiemblas? *Mart.* Pues si no
tembláre yo, ni los diablos
oponerseme púdieran. *Pel.* Vuelve en ti.
Mart. Ya se ha pasado
la quartana del leon.
Briand. Tambien tiemblas tu, borracho?
Chap. No te admires, porque yo
soy el mono de mi amo.
Mart. Ea, padre, llegó el dia
en que à la guerra me parto,
dadme vuestra bendicion,
y los brazos. *Pel.* Hijo amado,
Dios vaya en tu compañia,
mi honra pongo en tus manos:
morir con ella es vivir,
aún à pesar de los hados. *Vase.*
Mart. Prima, perdonad, que creo
que no es buen enamorado
el que no ha sido valiente:
hasta que haya conquistado
el nombre de Capitan,
no he de verme en vuestros brazos.
Elv. Yo fio de vuestro aliento,
y corazon esforzado,
que daréis à vuestra sangre
blasones tan señalados,
que inmortaliceis su nombre:
y à Dios, mi señor, que el llanto,
dulce castigo de amor,
sale à los ojos triunfando
de mi alvedrio: qué pena!
qué dolor! ausencia, vamos
à morir, que asi lo ordena
la influencia de los Astros. *Vase.*
Briand. A Dios, Chaparrín querido.
Chap. Encomiendame à Santiago,
que voy à lidiar con Mahoma.
Briand. Una Novena à ese Santo
te he de hacer. *Chap.* Asi lo creo
de tu virtud, y tu trato.
Briand. A Dios, Chaparrín. *Chap.* A Dios,
chaparra de otro chaparro.
Briand. Allá vás, comante lobos. *Vase.*
Chap. Y à ti te lleven los diablos.
Mart. Fueronse? *Chap.* Si, ya se fueron,
y los dos hemos quedado
para un melonar, señor,
extremados espantajos.
Mart. Qué harémos? *Chap.* Ir, y sin ver
quatro Moros en un año,
volvernos con nuestras caxas
de lata, y nuestros despachos,
à quien llaman en la guerra
servicios empapelados,
que con ellos, y con treinta
muertecitas de Rosario,
yo seré el Cid Campeador,
y tu Bernardo del Carpio.

JORNADA SEGUNDA.

Sale el Cid, Alvar Fañez, Laín, y Soldad.
Laín. Licencia pide, señor,
Martin Pelaez, que ha llegado
de Asturias à ser Soldado,
y à gozar de tu favor,
para hablarte. *Cid.* Entre, Laín,
que bien deseado ha sido
del amor que le he tenido
sin haberle visto: en fin,
la sangre que tiene mia,
hace de su gozo alarde.
Salen de gala Martin Pelaez y Chaparrin.
Mart. El Cielo dilate, y guarde,
por bien desta Monarquia,
tu vida, señor, de suerte,
que con inmortal renombre
Marte eternice tu nombre
sobre el trono de la muerte.
Cid. Llegad, llegad à mis brazos,
Martin Pelaez, levantad.
Mart. Qué valor! qué gravedad!
esos militares lazos
serán impulsos divinos,

 pues

pues con ellos, y el favor
que me haceis, tendré valor.
Cid. Los Soldados peregrinos,
de su proprio movimiento
le tienen: primo, llegad,
à mi sobrino abrazad:
y vos, Laín, cuyo aliento
terror de los Moros es,
favoreced à Martin.
Laín. El ser su amigo Laín,
es su mayor interés.
Alv. Alvar Fañez por amigo
se ofrece vuestro. *Mart.* Señores,
con tan divinos favores,
me temerá el enemigo.
Cid. Buena presencia teneis,
no sois nada afeminado,
el cuerpo es de gran Soldado.
Chap. El se lo dirá despues:
oyes, no dès testimonios
de quien eres, porque al fin:::
Mart. Quien nos traxo, Chaparrín,
entre estos fieros demonios?
Chap. Lo que es tu tio, un leon
no es tan fiero como él:
severa vista! *Mart.* Cruel.
Chap. Jesus, qué bravo Sansón!
Cid. Quien sois vos? *Chap.* Responde tu.
Mart. Criado mio, y Soldado.
Cid. Hombre parece alentado.
Chap. Señor, soy un Bercebû;
pero mi amo Martin,
sobrino de su mercé:::
Mart. Mira lo que hablas. *Chap.* Yo sé,
que es un Roldán palanquin,
mata un Toro de una voz,
un Oso de una puñada,
un Tygre de una patada,
y seis Perros de una coz.
Cid. En qué allá se entretenia?
Chap. Señor, en la caza andaba.
Cid. Buen exercicio. *Chap.* Cazaba
todo aquello que comía;
en oyendo él un clarin,
es gusto vello rabiar
por salir à pelear.
Cid. Acude à su sangre, en fin.
Chap. Si señor, riñendo quedo,
à mil Moros, por lo baxo,
se los llevará de un tajo,
como sea el de Toledo.
Cid. Martin Pelaez, el honor
en los nobles siempre ha sido
rayo de Marte encendido
en la esfera del valor.
De quien habeis de estudiar
todos los marciales fueros,
es de aquestos Caballeros.
Su doctrina militar
de norte os puede servir
para llegar à vencer,
que la regla del poder
con ellos se ha de medir:
à su mesa os sentaréis
para quedar mas honrado,
y de visoño soldado
à Capitan llegaréis.
Oy en el numero entrais
de los Soldados, que abona
mas cerca de mi persona
el valor; y pues gozais
este puesto sin segundo,
con afecto singular,
procuradle conservar
en el teatro del Mundo.
Mart. Yo, señor, procuraré
cumplir con mi obligacion,
y en la primera ocasion
con valor me empeñaré,
que aunque visoño Soldado,
al lado de estos dos Soles
seré blasón de Españoles.
Chap. Lindamente has blasonado.
Cid. Discurramos, Capitanes,
el estado de la guerra:
ya ganamos à Alcocér,
Almenar, Monzón, y Huesca,
y poniendo espanto al Mundo,
venimos desde Requena
à sangre, y fuego talando
todo el Reyno de Valencia.
Tres leguas de la Ciudad
estamos; esa diadema
de los Países de Arabia,
pensil de naturaleza,
trono belico de Marte,
solio de la quinta Esfera,
Paraíso de los Orbes,
y Eliséo de los Planetas;
y finalmente, Ciudad,

que

que no admite competéncia,
porque en sitio, y magestad,
edificios, y grandezas,
fue Metropoli de quantas
tuvo Roma, y formó Grecia:
y en fin, por joya en el Mundo
la puso Dios en la tierra.
Esta, pues, Soldados mios,
conquistarémos à fuerza
de armas, à pesar de Bucar,
Alarbe Rey, que la puebla
con mas de treinta mil Moros
de la sangre Sarracena.
Nuestro numero es muy corto,
yo presumo, que no llega
nuestro Exercito à dos mil
Soldados, que hecha la quenta,
à cada uno nos cabe
en la batalla sangrienta
sus ciento y cinquenta Moros:
no es mucho, que el que peléa
por la Fe, lleva à Santiago
por Patron en su defensa.
Y Santiago allá en Clavijo,
con apretar las espuelas
al caballo, se llevó
en una santa carrera
ciento y noventa mil Moros;
detuvole Dios la rienda,
quizá por nuestros pecados,
que segun iba de priesa,
no queda Moro en España,
à quien no abra la cabeza.

Tocan, y gritan dentro.

Pero el Moro está en campaña.
Alv. Y va baxando à la vega.
Laín. A nuestros quarteles baxa.
Chap. Aqui fue Troya de veras.

Salen el Rey Bucar, y la Infanta, y algunos Moros atravesando el tablado.

Inf. Agarenos valerosos,
viva nuestro gran Profeta.

Batalla de Moros.

Cid. Christianos, la Fé de Christo
viva, y estos perros mueran.

Otra de dos en dos.

Mart. O pese à mi miedo. *Chap.* O pesia
à el alma, que me engendró.
Dent. Cid. O Santiago, España cierra.
Chap. No cierras tu? *Mart.* Chaparrin,
sigueme por esta senda:
tienes animo? *Chap.* Ninguno.
Mar. Porqué tiemblas? *Cha.* Poque tiemblas.
Mart. Partamos de aqui.
Chap. Partamos. *Entran, y salen.*
Mart. Vén, porque el Cid no nos vea.
Chap. Ya yo voy: Jesus los Moros,
que parte el Cid por las piernas!
y Alvar Fañez despachurra
à los Moros à docenas,
solo mi amo se está
tan sesgo como una dueña:
el Esquadron de los Moros
no tiene pies, ni cabeza,
la batalla está encendida,
solo mi amo se hiela:
Jesus, y qual sale huyendo!
donde vas de esa manera?
Mart. Sigue, Chaparrin. *Chap.* Aguarda.
Mart. Viene el Cid? *Chap.* Detente, espera.
Dent. Cid. Seguid todos el alcance.
Chap. Los Moros huyen, no temas.
Dent. Cid. Cierra España, Santiago.
Chap. Ahora puedes tenderla.

Vanse, dase la batalla, y luego sale el Cid.

Cid. De la batalla huyendo
Martin Pelaez, y del confuso estruendo
cobarde se ha salido;
asi el Solar de Asturias conocido
afrenta, y su linage
con tan villano ultrage
barbaramente infama,
quando entendí, que su valor, y fama
se estendiese en los terminos del Mundo,
sin admitir en él valor segundo?
Corrido estoy, que tenga sangre mia:
cómo en mi compañia
hombre cobarde alienta
con deshonor tan conocida afrenta?
Disimular conviene este cuydado,
y sea con prudencia castigado
delito tan infame,
que asi es muy justo que el valor le llame.

Salen Alvar Fañez, Laín, y Chaparrin.

Alv. Los Arabes retirados,
nos dexaron la campaña.
Cid. Honor, y gloria de España
fueron todos mis Soldados.
Laín. Hasta Valencia, señor,

el

el alcanze hemos seguido.
Alv. Martin Pelaez, Laín,
de la batalla salió?
Lain. Cobardemente se huyó.
Mart. No nos vieron, Chaparrin.
Chap. Linda traza hemos buscado
para guardar el pellejo.
Mart. No es mejor este consejo,
que morir desesperado?
Chap. Dios dixo, no matarás,
y guardas su mandamiento,
tambien como en un Convento.
Mart. Es locura lo demás.
Cid. No hay duda, que saldrá el Moro
con nueva gente esta tarde:
que mi sangre sea cobarde *ap.*
contra el blasón, y decoro
que se debe à la nobleza!
sacad las mesas; qué error!
Sacan dos mesas, una para el Cid, y la otra para los Soldados.
Chap. A comer tocan, señor,
alimenta tu flaqueza,
por si huviere otro Santiago,
que yo quiero en mi campaña
hacer otro cierra España
en la Hermita de Santiago.
Al irse à sentar con los Caballeros Martin, le detiene el Cid.
Cid. Esperad, Martin, los fueros
de la guerra son avaros,
no mereceis vos sentaros
con aquesos Caballeros.
Este lugar para vos
es un lugar indecente,
y mi fama no consiente,
que lo ocupeis, vive Dios.
No, Pelaez, sentaos conmigo
à mi mesa, que os prefiero
à qualquiera Caballero
por pariente, y por amigo.
Mart. De la faccion no me pesa, *ap.*
claro está que estoy bien quisto,
porque si me huviera visto,
no me sentára à su mesa.
Si con él nadie ha comido,
mayor lauro me previene,
que à Alvar Fañez, pues me tiene
para su mesa escogido.
Lain. Por cobarde le ha sentado
à su mesa. *Alv.* Vive Dios,
que era infamia de los dos
el ponerlo à nuestro lado:
à buen Soldado fió
el Cid tan honroso cargo.
Lain. Este es noble? este es hidalgo?
no es posible. *Alv.* El se salió
de la batalla primera,
que se dió à Miramolín,
y mas valiera, Laín,
que à la guerra no viniera.
Cid. Bien os habeis señalado
en esta guerra. *Mart.* Señor,
como es visoño el valor:::
Cid. Decis bien, sois gran Soldado;
si siempre lo sois asi,
ganarémos à Valencia
muy brevemente: paciencia, *ap.*
corrido estoy. *Mart.* Siempre fui
inclinado à pelear...
Cid. Muy bien se os echa de ver.
Mart. Con el tiempo vendré à ser:::
Cid. Un Xerxes, no hay que dudar.
Chap. Dado estoy à Bercebú:
Digo, puedo yo ocupar
por mi amo este lugar?
Alv. Mejor lo mereces tu:
come, Chaparrín, que al fin,
si no entraste no saliste.
Chap. Estos dieron en el chiste,
por vida de Chaparrín.
Cid. Gustais de musica? *Mart.* Aqui
musica, señor? *Cid.* Pues no?
la militar gusto yo:
toca un clarin. *Tocan, y tiemblan.*
Mart. Ay de mi!
Cid. Qué teneis? *Mart.* Nada, señor.
Cid. Sosegad. *Mart.* Estoy turbado!
Cid. Martin Pelaez, qué os ha dado?
Alv. De qué tiemblas? *Chap.* De temor.
Señor Cid, por vida mia,
que nos disculpe à los dos,
que de la cuna, por Dios,
nos quedó esta alferecía.
Cid. Ola, levantad las mesas,
y solo quede conmigo
Martin Pelaez. *Mart.* Aqui muero.
Chap. Mi amo está tamañito. *Vanse.*
Cid. Pues solos hemos quedado,
Martin Pelaez, escuchad,

y de mi enojo sacad
vuestro error, ò mi cuydado.
En publico no ha de oír
el reo duelos agenos,
que las faltas de los buenos
à solas se han de reñir.
Que seais mi sangre, no sé;
pero quando lo seais,
no en el valor lo mostrais,
ni en vuestra espada se vé.
Volver el impetuó atrás,
ser noble, y salir huyendo
de la batalla, no entiendo
que se haya visto jamás.
La nobleza, y el valor
son el imán del acero,
ninguno ha sido primero,
todos atraen el honor.
El temor siempre es mortal,
el pundonor nunca muere,
el uno baxeza adquiere,
y el otro nombre inmortal.
Vos sois Noble, y Caballero?
no lo sois, sí, yo lo digo,
que el que huye al enemigo,
ò es cobarde, ò lisonjero.
De qué temblais? en la guerra
no os embravece el estrago,
quando dicen Santiago,
cierra España, España cierra?
Cuerpo de Dios con el vicio
cobarde, lindos decoros,
quando yo mato mas Moros,
entonces tengo mas juicio.
Qué es huír? por San Millán,
que alabo à mi Dios Eterno,
quando despacho al Infierno
las Almas del Alcorán.
Amigo, saber morir
con honra, vida se llama,
que en la gloria de la fama
consiste solo el vivir.
En la esfera del honor,
y el solio de la grandeza,
el valor hace nobleza,
y la nobleza valor.
Hombre comun, puede ser
valiente, temprano, ò tarde;
pero hombre noble cobarde,
yo no lo puedo creer.
Los Soldados qué dirán,
viendo que salís huyendo,
y que se quedan riendo
los perros del Alcorán?
Qué dirán de vos, decid?
dirán con cuerdo sentido,
qué hombre es este que ha traído
para aquesta guerra el Cid?
En mesa de los valientes
Caballeros no se sienta
quien hace al valor afrenta,
en la mia hay accidentes,
que con la desigualdad
queda afrentado el sugeto,
pues dura tanto el respeto,
como dúra la igualdad.
Aquesa mesa se llama
Templo, y Marte no consiente,
que hombre cobarde se siente
en el Templo de la Fama.
Para merecerla vos,
habeis de matar primero,
con el valor, y el acero,
los enemigos de Dios.
Matadlos, pesar de mi,
y de quien os embió
à la guerra, adonde yo
à ser valiente aprendí.
Matadlos, digo, ò morid
como valiente Soldado,
que no muere el que es honrado;
esto os notifica el Cid;
y de no, mudad de intento,
entraos à servir à Dios,
(que aqui no le servís vos)
desde luego en un Convento.
Obre el valor este dia,
lo que el acero no obró;
perded el miedo, que yo
no tengo en mi compañia
sino Roldanes, Reynaldos,
Alexandros, Scipiones,
Xerxes, Cesares, Sansones,
Anibales, y Bernardos. *Vase.*
Mart. Pues no me he caído muerto
oyendo tales oprobios,
ò no es cierto lo que he visto,
ò es mentira lo que toco,
ò es muerte la que poseo,
ò no es vida la que gozo,

à

à de este siglo he pasado
à lo insensible del otro,
ò estoy sin honra, que es mas,
porque bien puede ser todo.
Corazon, en qué consiste
este defecto alevoso
averiguemos: verdades,
venid al teatro honroso
de la honra, y del valor,
y en su tribunal heroyco,
ò morir de lo que siento,
ò vivir de lo que ignoro,
que es infamia del discurso
dexarse llevar del ocio.
La obligacion del nacer,
es observar con decoro
las leyes de haber nacido:
la republica de todos
se defiende con algunos:
porque los hechos heroycos,
como nobles, dan nobleza
à los unos, y à los otros.
El noble siempre es valiente:
nací noble? Sí; pues cómo
soy cobarde? comprehendido
soy, por decreto lustroso
de la honra, que me obliga
desde el nacimiento proprio,
à defender con las armas,
como hidalgo valeroso,
la Fé, la Patria, y el Rey.
Luego sino me dispongo
à morir por todos tres,
le falto al Rey en lo heroyco,
à la Patria en defendella,
à la Fé, dando à los Moros
lugar para que la opriman;
y en estos actos heroycos,
soy infame Ciudadano,
mal vasallo, y sobre todo
mal Christiano, pues agravio,
por inutil, y vicioso,
à Dios, al Rey, y à los hombres;
caygase el Etna en mis hombros.
Esto consentís, nobleza?
Esto permitís, decoro?
Por esto pasais, honor?
Esto no vengais, enojos?
No es mejor que el Sol dispare
un rayo caliginoso,
que en ceniza me convierta?
No es mejor que abran los poros
este torreón de arena,
en cuyo funesto solio
se sepulte para siempre
un hombre tan afrentoso?
Apurémos el discurso:
Con qué se hicieron famosos
los hombres? con el valor:
Y este valor por sí solo,
à qué aspira? claro está,
que à tres admirables solios:
à la fama, à la nobleza,
y à la honra: luego à todos
afrenta quien no es valiente?
Sí, porque su fama es soplo,
su honra nube, que pasa,
su nobleza humo, y polvo:
Luego si yo no conquisto
à lanzadas con los Moros
estos laureles de Marte,
en rigor, entre los otros,
no soy hombre, claro está;
porque si el valor heroyco
hace à los hombres, y yo
no tengo valor, notorio
es, que no soy hombre: ò pesia
mi corazon pavoroso!
taladrele el menor rayo,
apaguele el menor soplo,
sufoquele el menor fuego,
y entre el pesar, y el ahogo,
ni viva de las venganzas,
ni muera de los oprobios.
A mi afrentarme à la vista
de Capitanes famosos,
quitandome de la mesa,
donde Marte belicoso
alimenta rayo à rayo
los Ministros de su Trono?
A mi decirme en mi cara,
que volví cobarde el rostro
à los Moros? voto à Dios,
que si llovieran los Polos
mas Alarbes que el Diciembre
arroja del Cielo copos,
si granizáran las nubes,
ù destiláran à soplos
turbantes los Elementos,
ò se cayeran à plomo,

que

que ha de conocer el Cid,
que aqueste diamante bronco
ha descubierto mas luces,
que rayos despide Apolo. *Clarin.*
Eso sí, cuerpo de Dios,
suene el clarin sonoroso,
que ya sabemos la solfa,
por donde el valor heroyco
suele cantar à la fama
sus concertados elogios.
Ya está el Alarbe en campaña,
rompamos por entre todos
los Exercitos de Agár,
y como crecido arroyo,
que se lleva quanto encuentra
por los valles, y los sotos,
asi llevemos cabezas,
tantas, que digan los Moros,
entre el pavor, y el espanto,
entre el temor, y el asombro,
que por descuydo del Cielo
se desató de los Polos,
ò toda la quinta Esfera,
ò el valor de Marte todo. *Vase.*

Dase la batalla, y sale Chaparrín.

Chap. Vive Christo, que mi amo
se ha vuelto un vivo demonio:
por Santiago de Galicia,
que va matando los Moros
por los campos de Valencia,
como si matára pollos.
Cómo valiente mi amo,
y yo cobarde? eso nolo;
por la garra de Sansón,
que han de ver estos cachorros,
no quien lleva el gato al agua,
sino los perros rabiosos.

Aqui se dá la batalla, entrando à los Moros Martin, y luego sale el Cid, y Martin.

Cid. Martin Pelaez, escuchad:
salís herido? de gozo
no estoy en mi. *Mart.* No señor.
Cid. Limpiad la sangre del rostro.
Mart. Esta es gala de la ira,
y se me viene à los ojos.
Cid. Siempre Marte entra con sangre,
oís? Desde oy os conozco
por deudo mio, escuchad:
Capitan del Tercio os nombro
de los Leoneses. *Mart.* Señor:::
Cid. Oís? no ví tal destrozo;
por San Pedro de Cardeña,
que ha muerto docientos Moros;
mirad, sobrino, de oy mas
os sentaréis con los otros
Caballeros à la mesa:
bien podeis, que yo os abono.
Chap. Yo con quien he de sentarme?
Cid. Habeis andado animoso?
Chap. Dos Moros y medio he muerto,
y herido noventa y ocho.

Salen Alvar Fañez, y Laín.

Cid. Alvar Fañez, y Laín,
ha sido mucho el destrozo?
Alv. Ha sido grande, y mayor
el estrago poderoso,
que Martin Pelaez ha hecho
en los Valencianos Moros.
Laín. Lauro merece inmortal.
Mart. Capitanes valerosos,
lo que à vosotros se debe
no ha de gozar con elogios
inmortales quien milita
debaxo de vuestro solio.
Alv. Dos Correos de Requena
ahora, señor, llegaron,
y estas cartas me entregaron
del Rey, y Doña Ximena.
Cid. Gran novedad debe haber,
esta es del Rey, mi señor,
y dice: Cid Campeador,
conviene, que à mi poder,
y à mi servicio, vengais
à Burgos, donde os espero
con aquese Mensagero:
Dios os guarde. Qué aguardais?
dadme un caballo al momento,
la tardanza me condena.
Alv. Leed, señor, de Ximena
la carta. *Cid.* Es atrevimiento
en un vasallo de ley,
de lealtad tan conocida,
aunque le importe la vida,
faltar un punto à su Rey.
Alv. En tanto que procuramos
tu jornada, leerás
la carta, y de ella sabrás
lo que contiene. *Cid.* Leamos:
Mis lagrimas son testigos,

que os fuísteis, Cid Campeador,
y me dexasteis, señor,
entre vuestros enemigos.
Vos me ordenais, que à la raya
de Valencia vaya à veros,
y el Rey, y sus Consejeros
me han mandado que no vaya.
Vos andais entre Soldados
conquistando un Reyno al Rey,
y él, contra la justa ley,
confiscó vuestros Estados.
Bien claramente se muestra,
que sois distintos en guerras,
vos en darle nuevas tierras,
y él en quitaros la vuestra.
No permitais, que yo viva
en tan duro cautiverio,
ni que le deis un Imperio
à quien me tiene cautiva.
Dice Bermudo, señor,
que al Rey no sois obediente:
miente Don Bermudo, y miente
qualquier infame traydor,
que de aqueste testimonio,
diere fé, y à la campaña
salga, y verá toda España.
Chap. Demandetelo el demonio.
Cid. Caballeros, entretanto
que doy la vuelta à Raquena,
que será muy brevemente,
defended aquesta tierra,
como valientes Soldados:
pongase toda la fuerza
en este sitio, hasta tanto
que yo de la Corte vuelva.
Vos, Martin Pelaez, lleved
con cuidado, y diligencia,
antes que yo llegue à Burgos,
los despojos de esta guerra
al Rey Alfonso, que son
catorce Alfanas Turquesas,
once Cautivos Baxaes,
sin otras muchas preseas,
que hemos quitado à los Moros,
y decidle, en quanto llega
mi valor à disculparse,
que mi lealtad, y obediencia
este presente le envia:
y sepan los que aconsejan
à los Reyes, que à los hombres
como yo, que se gobiernan
con rectitud, y justicia,
no se confiscan sus tierras. *Vase.*
Mart. A Burgos iré, señor,
y aunque sea en la presencia
del Rey, sabrá Don Bermudo,
que esta espada se gobierna
por el impulso de Marte,
laurel de la quinta Esfera.
Vase, y sale Elvira con plumas, y espada, y Brianda.
Briand. A tu grande atrevimiento
ninguna accion le disculpa.
Elv. Si yo he tenido la culpa,
disculpeme mi tormento:
amo à mi primo, y amor
con la fuerza del empeño,
à la vista de su dueño
harár menor el dolor:
vengo à la guerra à buscalle
por centro de mi deseo.
Briand. Mira, señora, que creo,
que andan Moros en el valle.
Elv. El Exercito Christiano
detrás de ese pardo risco
ha de estar.
Sale la Infanta, y dos Moros.
Inf. Vaya la gente
en ese bosque sombrío
ocultandose, hasta tanto
que por la margen del rio
baxen todas las Esquadras,
y todos à un tiempo mismo
acometamos al Real
del Catholico Enemigo.
Briand. Perdidas somos, señora,
Moros en el bosque he visto.
Elv. Si la fuerza de los Hados,
ò los Astros vengativos
se conjuran contra mi,
llueven los Cielos prodigios.
Inf. Espera, Alí, dos Christianas
entre esos ramos he visto.
Alí. Deteneos à la Infanta.
Elv. Valedme, Cielos Divinos.
Inf. Quien sois? *El.* Dos Christianas nobles,
à quien el Cielo ha traído
à tu poder por esclavas.
Inf. Donde caminais? *Elv.* Al sitio
de los Christianos, señora,

à morir de lo que vivo.
Inf. A morir? *Elv.* Sí, que el amor
tiene seguro el peligro.
Inf. Sosiega, Christiana noble,
el alterado sentido,
la Infanta soy, tén valor,
descansar puedes conmigo:
à quien vienes à buscar?
Elv. A quien el alma he rendido:
tengo amor, y soy muger.
Inf. Qué es amor? *Elv.* Un dulce hechizo,
que entrandose por los ojos,
desbarata los sentidos.
Inf. Yo no entiendo esa pasion:
son los Christianos muy finos
con las mugeres? *Elv.* Señora,
los Hidalgos bien nacidos,
nunca engañan à las Damas.
Inf. Serán hombres peregrinos:
donde están esos Hidalgos?
porque lo que à mi me han dicho
es, que en vuestra tierra hay hombres
de tan doblados caprichos,
que sino engañan sus Damas
con mil requiebros fingidos,
no les parece que cumplen
con quien son, y es desvarío
quererles, sino dexarles.
Briand. Soberanamente ha dicho.
Inf. Es tu nombre? *Elv.* Doña Elvíra.
Inf. Pues à la guerra has venido
à ver, Christiana, tu amante,
vente à Valencia conmigo,
que desde allí te enviaré,
con el decoro debido
à tu persona, à la raya
de Castilla, que hay peligro
si te diera libertad,
y ahora fuera delito
de mi grandeza. *Elv.* Tu mano,
que me concedas te pido,
por tan singular merced.
Inf. Ea, Agarenos, al sitio
del bosque, que antes que el Alva,
relampago cristalino
de ese delfico Planeta,
corone de luz los riscos,
antes que el bello topacio,
engastado en el anillo
Celeste, surque las once
campañas de nieve, y vidrio,
por esas quatro veredas,
que nos señala este risco,
hemos de dar en en el Campo
del Castellano Rodrigo,
ese pasmo de la Europa,
ese Leon del Castillo
de Marte, terror, y espanto
de los Pendones Moriscos,
que juro por este rayo
de Alá, lunado prodigio,
esta parca de la muerte,
este acerado cuchillo
de Mahoma, à quien venera
la luz del Lucero quinto,
que he de ganalles el fuerte
de Alcocér, aunque del circo
del ultimo Firmamento
baxe en alas de Zafiros
el Patron de la Cruz roxa,
pues para abatir los ricos
esplendores de la Aurora,
para desplomar Castillos,
para conquistar Ciudades,
y sujetar Obeliscos,
basto yo, que de Mahoma
soy exalacion, prodigio,
saeta, cométa, rayo,
relampago, y torbellino.

Vase, y sale el Rey Alfonso, y acompañamiento, y por otra puerta tambien Pelaez, y Chaparrín.

Mart. Martin Pelaez, gran señor,
sobrino del Cid. *Alf.* Alzad.
A qué venís? *Mart.* Su lealtad,
y conocido valor,
con un presente me envia,
que à los Moros ha ganado,
cuyo triunfo venerado
de la marcial valentía,
dedica à vuestra grandeza,
suplicando le reciba:
para que su afecto viva,
impulso de su nobleza,
en el valor singular
de vuestro laurél sagrado.
Alf. Muy mal consejo ha tomado
Don Rodrigo de Vivar.
Berm. Pretende el Cid, gran señor,
disculpar con el presente

su

pero Alfonso me deshonra:
mudanzas son de los tiempos,
vanidad son de las glorias
de este Mundo; pero à mi,
ni me alteran, ni me postran:
el que fuí soy, y he de ser,
ande la fortuna loca
dando vueltas à su rueda,
que mi espada vencedora
ha echado à rodar el Mundo,
con ser diferente bola.
Yo, señor, no he de cansaros
con retoricas lisonjas:
si rompí por Aragon,
os gané hasta Zaragoza:
si alteré la paz, primero
se entró D. Pedro en Rioja:
si os llevé los Capitanes,
vuestras vanderas tremolan:
si hice guerra à Alí, os rendí
cinco Ciudades famosas:
si tributaron los ricos,
por eso el pobre no llora:
si os pedí à Doña Ximena,
no es agena, que es mi esposa:
si à mis hijas, claro está,
que son del alma custodias;
de modo, que si juzgais
sin pasion mis culpas todas,
los cargos que me poneis,
perfectamente me abonan;
porque si de todos ellos
se aumenta vuestra Corona,
y vos, señor, os quedais
con lo ganado à mi costa,
vos cumplis con el Consejo,
y yo con lo que me toca.
Y si estas, señor, son culpas,
cargadme de ellas, que à pocas
audiencias, seréis Señor
de la gran Constantinopla.
Decís, que defiendo mal
la reputacion honrosa
de vuestra Casa Imperial;
acuerdome, que allá en Roma,
entrando con vuestro hermano,
que murió sobre Zamora,
à besar la mano al Papa,
ví siete sillas famosas
de siete Reyes Christianos;
y una de las sillas sola
estaba un grado mas alta,
q̃ la vuestra, no es lisonja;
por San Juan Evangelista,
que llevado de la honra,
de un puntapie que la dí,
fué la tal silla Imperiosa
à estrellarse con el techo,
y à vuestra silla Española
la puse con la del Papa;
y à cierta osada persona,
que lo quiso defender,
asiendole de la gola,
le arrojé sobre la pila
de agua bendita, y tomóla,
con que salió perdonado
de veniales discordias;
y si no me lo quitáran,
fuera mortal su congoxa.
Y porque sepais quien soy,
hazaña es esta que monta
mas q̃ todas las de Xerxes;
yo, à pesar de Europa toda,
en tiempo de vuestro padre
me opuse con mi persona
à defender que Alemania,
con la maquina redonda
del Imperio, no tuviese
en la Nacion Española
jurisdiccion militar,
y quité à España con honra,
que no le pagase el feudo,
que le pagaban las otras
Naciones; y vive Dios,
que si os falta la tizona,
que habrá de caer :::

Caese el Retrato de el Rey, y el Cid le detiene.

Alf. Qué es esto?
Cid. Vuestro retrato fué ahora
à caer, pero mi mano,
imán de vuestra Corona,
le detuvo, que aún pintado
defiendo vuestra persona.
Alf. Sí, pero en Santa Gadéa
al original sin copia
le tomasteis juramento.
Cid. Aún teneis de eso memoria?
Alf. Y la tendré eternamente;
no esteis en Burgos una hora,
llevaos à Doña Ximena,
y vuestras hijas. *Cid.* De forma,
que me mandabais prender?
Alf. El decreto se revoca,
porque ganeis à Valencia.
Cid. Para vos la gano sola.
Alf. Está bien, ello dirá:
Cid. Si algunas lenguas traydoras
os han dicho, que yo intento
conquistar tierras remotas,
que no sean para vos,
con este de Marte antorcha;
fuego, ò tizon, con que abraso
los Ministros de Mahoma,
por el Altar de San Pedro :::
Alf. Retiraos, que ya es hora.
Cid. Partirme será mas cierto.
Alf. Quando os partais poco importa.
Cid. Poco importa? *Alf.* Sí, Rodrigo.
Cid. Mis hazañas os respondan.

Alf. Dios os ampare, buen Cid.
Cid. El guarde vuestra persona.

JORNADA TERCERA.

Tocan caxas, y sale el Rey Bucar, la Infanta, Celinda, Arlaja, Celin, y acompañamiento.

Arl. Pues defendiste el belico estandarte,
desnudate la tunica de Marte.
Cel. Descansa un poco del marcial estruēdo.
Inf. Quando à nuestra Ciudad está ofendiendo
con trabucos de guerra el enemigo,
y ese Español Rodrigo
pretende por instantes
asaltar esos muros de diamantes,
no es justo descansar. *Re.* Sientate ahora
en esa alfombra, que bordó la Aurora.
Arl. Treguas concede à la quietud divina.
Inf. Mi alimento es la guerra peregrina.
Rey. Conozco que esta Luna
quiere eclipsar el Sol de mi fortuna,
pero con el valor se vence luego
los impulsōs neutrales del sosiego.
Inf. Qué novedad es esta? *Tocan.*
Ali. Que ha llegado,
señora, un gran Soldado,
Embaxador del Cid. *Re.* La paz procura.
Inf. Dile q̃ entre. *Rey.* Alabo su cordura.
Salen Martin Pelaez, y Chaparrin.
Mart. Rey Bucar poderoso,
hijo de Mahomad Rey valeroso,
de la Casa de Meca Brazo fuerte,
guardete el Cielo.
Chap. Y de la misma suerte
vaya tu alma al lago de Sodoma,
y de allí al Paraíso de Mahoma.
Mart. Y à ti, Sol de la Luna no vencida,
dilate el Cielo tu felice vida.
Cha. Y despues de cautiva en mi presencia,
te quedes à la Luna de Valencia.
Rey. Toma asiento, Christiano valeroso,
debido à tu nobleza. *Cha.* Si es forzoso,
sentémonos tambien.
Rey. Qué haces, villano?
Chap. Sentarse entre estas Moras un Christiano.
Inf. Sepamos tu Embaxada.
Mart. Lo que siente
mi General, diré muy brevemente.
Don Rodrigo de Vivar,
Señor de Cerdeña, y Alva,
Conde de Orgáz, y Alcocér,
Gobernador de las Armas
de Alfonso Rey de Castilla,
Gran Chanciller en su Casa,
y del Consejo de Guerra
primer Ministro en España;
salud, y paz os envia.
Dice, que estando cercada
por las Armas de su Rey
esta Ciudad coronada
de tanto Agareno fuerte
un tiempo, y oy por la gracia
de Dios tan de parte suya
la victoria, que no falta
sino el asalto postrero
para rendirla, y ganarla,
que os dá de plazo seis horas
para que de la atalaya
las llaves de la Ciudad
le envies antes del Alva;
porque si no, desde luego
requiere, avisa, y declara,
que ha de llevar à cuchillo,
sin reservar de tu Casa
la sangre Real que te asiste
toda la Ciudad, que basta,
que las Armas de su Rey
hayan tenido cercada
un año esta gran Ciudad;
no indigneis del Cid la saña,
porque si se enoja, pienso,
que si sube à las murallas,
que se lleve de un revés
quantas Moriscas gargantas
tiene, no solo Valencia,
pero Marruecos, Aljama,
Tunez, Argél, y la gran
Casa de Meca, y el arca
del Zancarron de Mahoma,
tan venerado en el Asia.
Inf. Con tu licencia pretendo
respondelle. *Chap.* Linda galga.
Inf. Embaxador, dile al Cid,
que Altisidora la Infanta
de Valencia, gran Princesa
de Denia, Luna Africana
del Alcorán, y cométa

de las Esquadras Christianas,
no solo quiere rendirle
esta Ciudad soberana,
pero que le notifica,
que antes que pase mañana,
le ha de echar de todo el Reyno
de Valencia, y en su Alfana,
que en las ráfagas del viento
es hypogrifo con alas,
he de llegar à poner
las diez Lunas Otomanas,
con el Pendon de Mahoma,
no solo en las torres altas
de Burgos, sino en Zamora,
Paléncia, Toro, Cantabria,
Pontebedra, y sobre el mismo
sepulcro, que tiene, y guarda
Galicia del gran Patron
de los Imperios de España.
Mart. Yo te alabo tu ventura.
Inf. Yo, Christiano, tu arrogancia.
Mart. Con la paz te ruega el Cid.
Inf. Yo con la guerra, y las armas.
Mart. Lastima tengo à tu mucho
valor, y hermosura rara.
Inf. Yo à tu presencia, que tienes,
si la vista no me engaña,
valor, nobleza, y poder,
valentía, y arrogancia.
Mart. La paz se debe admitir.
Chap. Mas quiere la paz de Francia.
Salen Elvira, y Brianda.
Elv. Qué es Embaxador del Cid
el que ha llegado? *Briand.* La Infanta
está aquí con él. *Mart.* Qué veo!
Chaparrin, se engaña el alma;
no es esta mi prima? *Chap.* Sí,
y con ella está Brianda.
Elv. Cielos, qué miro! *Briand.* Señora.
Elv. Vivid, muertas esperanzas.
Briand. No es tu primo, y Chaparrin?
Inf. Conoces, noble Christiana,
à este Embaxador? *Elv.* Señora,
el Christiano que buscaba
quando tu me cautivastes,
es este. *Inf.* Detente, aguarda,
que no has de ir con él.
Chap. Qué harémos?
Mart. Aunque me mate la guarda,
aunque las leyes se rompan,
ò morir, ò libertarlas.
Chap. Parece cosa imposible;
ya voy tentando la espada.
Mart. Esto es fuerza, obre el valor.
Chap. Lo demás es patarata.
Mart. Suplícote me concedas
llevar aquesa Christiana,
por ser prenda que yo adoro.
Chap. Yo llevarme la criada,
à pesar de Berbería,
del zancarron, y la pata.
Rey. Christiano, esa Esclava noble
no es posible que la Infanta
te la conceda. *Mart.* Bien sé,
que de una Ciudad cercada
no puedo escapar con vida;
pero el empeño me llama,
yo he de librarla. *Rey.* Qué dices?
de mi Palacio no salga
con vida. *Elv.* Valgame el Cielo!
en todo soy desgraciada. *Rey.* Matadlos.
Celin. Mueran. *Inf.* Teneos.
Mart. Quien ha de morir, canalla?
Rey. Las leyes de Embaxador
à ese Español no le valgan;
matadlos digo. *Inf.* Esperad,
no han de decir que las armas
de Bucar Rey de Valencia,
y Altisidora la Infanta,
rompieron con deshonor,
aunque haya bastante causa,
el derecho de la guerra;
fuera de que la bizarra
valentía del Christiano,
el oponerse à la guarda,
el dar su vida à la muerte
por defender à su Dama,
mas obliga, que desprecia,
mas ennoblece, que agravia;
y si Christiano no fuera,
él rigiera mis Esquadras,
pero es contra mi valor;
el buscarlo en la campaña
es accion de mi grandeza;
ya tienes libre la Esclava,
sigue, Christiano, tu amante.
Elv. Con la vida, y con el alma.
Mart. Qué me mirais, Africanos?
Chap. Qué me mirais, Africanas?
Mar. No llega alguno? *Chap.* No llega?

Mart. Vén, Elvira. *Chap.* Vén, Brianda.
Inf. A la muralla Soldados,
toca al arma. *Rey.* Toca al arma. *Vans.*

Sale el Rey Don Alfonso, Alvar Fañez, y Bermudo.

Alv. Vuestra Magestad, señor,
en el Campo de Valencia
honrando con su presencia
vasallos à quien dá honor?
Alf. Solo con Bermudo vengo
à ver al Cid recatado,
mas no sepa que he llegado,
que aunque tan seguro tengo
de un vasallo tan leal
el pundonor, y la ley,
debida siempre à su Rey
por derecho natural,
pretendo que le digais,
Alvar Fañez, que yo soy
un Cavallero que voy
à servirle. *Alv.* Vos llegais
à tiempo que desta parte
sale el Cid à recoger
sus quarteles, y à poner
reglas al valor de Marte,
y hay media legua, señor,
al Campo de Peñalvél,
y podeis hablar con él,
que la noche con su horror
podrá encubrir, aunque mal,
el Sol de vuestra grandeza.
Alf. De vuestra mucha nobleza
fio esta accion principal:
Decidle, que yo me llamo
Don Enrico de Castilla.
Alv. El viene aqui con Laín.

Sale el Cid, y Laín.

Cid. Es Alvar Fañez? *Alv.* El mismo
soy, que aqui estaba aguardando;
ea, llegad, Don Enrico:
Este noble Cavallero,
señor, que veis, ha venido,
cumpliendo con su nobleza,
desde la Corte à serviros,
es mi amigo, y de la Casa
de Castilla. *Alf.* Siempre he sido
de la Casa de Vivar
deudo, criado, y amigo.
Cid. Yo lo soy vuestro, y venís
à tiempo que vuestro brio,
valor, y sangre se emplee
en vencer al enemigo;
y pues alguna distancia
hay al Campo donde asisto,
dadme nuevas de la Corte.
Berm. Ellos van entretenidos,
sigamoslos à lo largo,
y en tanto habrá amanecido,
y habrá logrado su intento.
Alf. En la Corte, Don Rodrigo,
hay lo que siempre, lisonjas,
pleytos, y pocos amigos.
Cid. Cómo esta el Rey, mi señor?
Alf. Bueno está, pero afligido
con las guerras de los Moros.
Cid. Pues hay mas de destruírlos?
Alf. De qué suerte? *Cid.* De esta suerte:
tenellos por enemigos,
no fiarse de sus tratos,
ni en el comercio admitirlos,
y veréis si no se acaban
en tres años ellos mismos.
Alf. Riguroso arbitrio es ese.
Cid. No os canseis, el enemigo,
si entra en mi casa dos veces,
sabe todos mis designios;
si le concedo que venda
sus frutos, él queda rico,
y yo pobre; y para mi
no hay mas diabolico arbitrio,
que consentir à quien Dios
tiene por sus enemigos.
Alf. Está el thesoro del Rey,
con las guerras que ha tenido,
muy acabado. *Cid.* Eso es facil,
que contribuyan los ricos,
porque en tocando à los pobres,
dadlo todo por perdido.
Alf. Si el Rey ganára à Toledo,
quedára el Reyno excluído
de guerras por muchos años.
Cid. Dexadme vos, Don Enrico,
que una vez gane à Valencia,
y veréis si Don Rodrigo
de Vivar gana à Toledo.
Alf. Está fuerte el enemigo.
Cid. Mas fuerte está Santiago,
que no dexa Moro vivo
en saliendo à la campaña.
Alf. Es verdad, lo mismo digo.

Cid. Qué dicen de mi en la Corte?
Alf. Nunca faltan enemigos,
el Rey no olvida jamás
el juramento que hizo
por vos en Santa Gadéa.
Cid. Aún le dura ese capricho?
Alf. No os quiere bien. *Cid.* Yo lo creo,
quiera, ò no, yo le he querido,
y quiero como à mi Rey.
Alf. El es cruel, vengativo,
sobervio, ambicioso ::: *Cid.* Basta;
escuchadme, Don Enrico,
en diciendo mal del Rey,
no habemos de ser amigos.
Alf. Si lo seréis, porque yo
con grande extremo he sentido
el haberos confiscado
vuestras tierras. *Cid.* Si lo hizo,
son suyas, pudolo hacer.
Alf. No pagar el beneficio
ingratitud me parece,
y por esta causa digo,
que es un Principe cruel.
Cid. Sin duda, à lo que imagino,
quereis que los dos riñamos.
Alf. Qué os reporteis os suplico.
Cid. No teneis que suplicarme,
porque al padre que me hizo
matára si me dixera
mal del Rey. *Alf.* O buen Rodrigo! *ap.*
ò vasallo el mas leal,
que tuvo Principe invicto!
escuchadme, no es mejor
cobrar vuestro Estado mismo
en el Reyno de Valencia?
Cid. Mal mi colera resisto. *ap.*
Alf. Ganadla, y quedáos con ella,
que en vos no será delito.
Cid. Don Enrico, ò Don Demonio,
que habeis salido al camino
à tentarme, desta suerte
doy à traydores castigo.
Alf. Advertid, que soy el Rey.
Cid. El Rey? qué es lo que habeis dicho?
à la luz que arroja el Alva,
à mi Rey he conocido:
Señor, vos aqui? qué es esto?
Alf. Dadme los brazos, amigo;
mas qué rumor::: *Buc. dent.* O matadlos,
ò llevadlos por cautivos.
Cid. Moros son, no os dé cuydado,
que si vos estais conmigo,
toda el Africa es muy poca:
há perros. *Salen Moros.*
Alf. Mueran, Rodrigo.
Cid. No os aparteis de mi lado.
Dent. Ali. Valgame Alá, qué prodigio!
retirémonos al bosque.
Cid. Como galgos han corrido,
menos algunos que quedan
por esos campos tendidos:
à buena presa aspiraban
los perros de los Moriscos;
no es nada, à prender un Rey
de Castilla, y à Rodrigo
de Vivar; pero, señor,
de Burgos habeis venido
con riesgo tan evidente?
Alf. Cid Ruy Dias, no hay peligro
donde llega vuestra espada.
Dent. Alv. Moros en el bosque he visto,
acudid.
Salen Alvar Fañez, Lain, y Bermudo.
Cid. Ya llegais tarde.
Alv. Señor, qué os ha sucedido?
Cid. Alvar Fañez, no, no es nada,
vuestro Amigo Don Enrico
anduvo como pudiera
el Rey de Castilla mismo.
Alf. Don Rodrigo de Vivar,
deudo, vasallo, y amigo,
mi engaño, y vuestra lealtad
cláramente he conocido,
con secreto vine à veros,
y desde luego confirmo,
que quanto de vos dixeron
lisonjeros enemigos,
fueron nubes del Estado,
vapores tan encendidos,
que al Sol de vuestra nobleza
se opusieron atrevidos;
no solo vuestros Estados
quedan libres, pero digo,
que si partiera el Laurel
con vos, fuera muy suciento
prémio para laurear
vuestros hechos peregrinos;
à los confines de Cuenca
me parto, donde el aviso
de haber ganado à Valencia

espe-

esperaré, que yo fio
del Apostol Santiago,
Principe por quien vencimos
tan milagrosas batallas,
que con impulsos Divinos
gobernará las Esquadras
de los Catholicos hijos
de la Militante Iglesia.
Cid. Que os suplico perdoneis,
Rey Alfonso, mis defectos,
como yo à mis enemigos:
el mas valiente Soldado,
el Capitan mas altivo,
en perdonar los agravios,
y en consolar los rendidos
debe fundar el favor,
que los Christianos avisos
nos mandan que perdonemos
los duelos que recibimos;
llegad, Bermudo, llegad,
que quiero ser vuestro amigo.
Berm. Confieso que no merezco
favores tan peregrinos.
Alf. Tan sabio como valiente,
tan recto como entendido,
tan piadoso como noble
es el Cid; ya los avisos *Toca.*
marciales señas nos dán
de la guerra, Don Rodrigo,
à Dios. *Cid.* En tocando Marte
su militar exercicio,
no hay hombre cuerdo à caballo;
à Dios. *Alf.* Varon peregrino,
admirable Consejero,
y Alexandro no vencido
es este pasmo del Orbe,
este asombro de los siglos.
Vase el Rey y Bermudo; y sale Martin Pelaez, y Chaparrín.
Cid. Martin Pelaez, qué dice el enemigo?
Mar. Señor, que no pretende ser tu amigo,
que à Valencia, ni el Fuerte ha de entregarte,
que gobierna Mahoma su Estandarte,
que ha de echarte del Reyno de Valencia,
que su Pendon pondrá sobre Palencia,
Burgos, Cantabria; y porque dixe luego,
que habeis de llevar à sangre, y fuego
esta Ciudad, y dar con el gobierno
de la Casa de Meca en el Infierno;
me respondió la Infanta, que pondría
las diez Lunas, señor, de Berbería,
con militar estrago,
sobre el sepulcro del Patron Santiago;
y asi, señor, acometamos luego,
llevemos la Ciudad à sangre, y fuego,
mejor será pasallos à cuchillo.
Alv. Y mejor el obrallo, que el decillo:
Señor, à qué aguardamos,
que este baxél sobervio no asaltamos?
Laín. A la vista ha llegado,
tu Exercito aclamado
está desde el Oriente
hasta el ultimo clima del Poniente.
Chap. Mueran estos Paganos;
de qué sirve que andemos losChristianos
en razones dobladas?
vive Dios, que si subo, à bofetadas
no ha de quedar perrengue,
que à palos no derriengue,
cercenandole de un tajo la canilla
del Zancarrón, sin que le dexe astilla.
Dent. Inf. A la muralla, fuertes Capitanes.
Dent. Rey Buc. A los Castillos.
Cid. Rabien estos canes,
antes que con las flechas nos reciban.
Den. Bucar, y Altisidora vivan. *Den.* Vivan.
Cid. Capitanes, y nobles Cavalleros,
para ahora se hicieron los aceros:
esta es Valencia, à quien el Turia baña,
noble teson de nuestra Madre España,
firme atalaya de las ondas bellas,
imán del resplandor de las estrellas;
oy con valor previsto,
pues peleamos por la Fé de Christo,
sus muros asaltemos,
y el Alcorán de su Ciudad echemos.
Mar. Si como ostenta esta sobervia cumbre
veinte mil Agarenos, ostentára
rayos forjados en la eterea lumbre,
por ellos con valor me abalanzára;
y si toda la inmensa pesadumbre
de Moros el Olympo granizára,
aqui formáran los mortales ecos,
y espiráran en Tunez, y en Marruecos.
Vase Martin Pelaez.
Alv. Si à trepar por la escala intempestiva,
nave del Ponto, Moros despidiera,
y llovieran adargas desde arriba
los Polos donde el Etna se encendiera,

 con

con esta por la esfera succesiva
tantas cabezas Moras dividiera,
que imaginára la Region mas vana,
que llovian las nubes sangre humana.
Vase Alvar Fañez.
Lain. Si à diluvios el Africa oprimida
por las almenas Moros arrojára,
coronando su aljava no vencida
de monstruos que el Abysmo desatára,
con esta espada, de valor regida,
tantos cuerpos Alarbes destroncára,
que al eco horrible de los eços broncos
se arrancáran los exes de los troncos.
Vase Lain.
Chap. Qué lindos disparates de Poeta!
de que sirven hyperboles civiles?
por la cabeza que cortó el Profeta
al Gigante de fuerzas varoniles,
que si subo los queme con su Seta,
y derritiendo al Sol quatro perniles,
à pesar de Mahoma, y su gobierno,
los embie pringados al Infierno. *Vase.*
En las almenas todos los Moros, y Moras, y la Infanta.
Inf. Valerosos Agarenos,
rayos de nuestro Profeta,
defendamos como nobles
la gran Ciudad de Valencia.
Aqui se dá la batalla, los Christianos suben por escalas por los lados, cubiertos con rodelas, y los Moros con alcancías, y Martin Pelaez sube, y pone el Pendon despues.
Cid. Ea, Castellanos nobles,
la Fé de Christo profesan
nuestros fuertes corazones:
España, Santiago, cierra.
Inf. La Ciudad hemos perdido.
Dent. Al Fuerte. *Dent.* Al foso.
Dent. A la puerta.
Dent. Victoria, España, victoria.
Mart. arrib. Coloquemos la vandera,
Valencia por Don Alfonso,
Rey de Castilla. *Sale el Cid.* Ya reyna
en Valencia, por la gracia
de Dios, Alfonso, la diestra
del gran Dios de las Batallas
ha sido nuestra defensa;
pero acudamos al Fuerte,
porque todo se prevenga.
Vase, y salen los Moros huyendo.
Rey Buc. Salgamos por el postigo
à la campaña, à la vega,
pues que perdimos, Soldados,
la gran Ciudad de Valencia,
escapemos con las vidas,
para que con mayor fuerza
volvamos à recobralla.
Vase, y sale Martin Pelaez, y Alvar Fañez riñendo, y la Infanta.
Mart. Mia ha de ser esta empresa.
Alv. Viviendo yo, no es posible.
Mart. Yo llegué à reconocella.
Alv. Primero he llegado yo.
Inf. Sobre qué es la competencia?
Mart. Sobre servirte, y llevarte,
como à Persona Real,
ante nuestro General,
que el mayor triunfo de Marte
no es vencerte, es venerarte
por quien fuiste, y por quien eres,
y asi vencedora eres
de nuestros marciales nombres,
porque el rendir à los hombres
solo toca à las mugeres.
Alv. Es verdad, pero mi espada
à cuchilladas rompió
la Esquadra de Alí, y sacó
à la Infanta de su Armada:
y pues ha sido ganada
por este brazo, se infiere,
que aquel que la pretendiere,
fuera del Cid, entre los dos,
le he de matar, voto à Dios,
si el Mundo lo defendiera.
Mart. Primero que vos llegué
à la Esquadra belicosa
de la Infanta valerosa,
y su valor conquisté:
y pues este acero fue
el que la pudo sacar
de tan oculto lugar,
à pesar de sus blasones,
escusemos de razones,
pues nos hemos de matar.
Inf. Escuchad, formar un duelo,
sin haber causa, parece
que ningun lauro se ofrece
al aliento, ni al desvelo;
antes yo con justo zelo

po-

podré sin culpa culparos;
porque si son los reparos
en haberme à mi vencido,
y la espada no he rendido
sobre qué quereis mataros?
Este acero está en mis manos,
y el impulso que le rige
solo el venceros elige
para blason soberano;
y pues à cumplir me allano
este decreto del Cielo,
cese el militar desvelo,
y no os disgusteis, por Dios,
que he de matar à los dos
por escusaros el duelo.
Mart. Primero ha sido el honor.
Alv. La honra ha de ser primero,
obre el valor. *Mart.* Decís bien.
Sale el Cid. Qué es aquesto, Cavalleros?
quando à Valencia rendimos
se encuentran vuestros aceros?
sobre qué ha sido el disgusto?
Mart. Sobre que los dos à un tiempo
cautivamos à la Infanta.
Cid. Ya está entendido el pretexto:
Si vuestra Alteza es la causa,
disculpa tienen sus yerros.
Inf. Sois el Cid? *Cid.* El mismo soy.
Inf. Solo à vos rindo mi acero,
que otro ninguno en el Mundo
tuviera tan grande imperio,
que sujetase este brazo.
Cid. Yo, señora, no sujeto,
aunque soys Palas divina,
los femeniles trofeos:
oy quiero que conozcais
mi nobleza, que los duelos
de tan valientes Soldados,
sin competencia los premio.
Acompañad à la Infanta
hasta el Castillo Requero,
donde el Rey se ha retirado,
que yo libertad la ofrezco;
y decidle à vuestro padre,
que pase al Africa luego
à pedir nuevo socorro
à Miramolin su deudo,
que el Cid sabrá, como siempre,
aunque trayga de Marruecos
cien mil ginetes Celinos,
ò matallos, ò prendellos.
Inf. Qué valor! qué magestad!
Cid. Libre estais, guardeos el Cielo.
Vanse, y salen Chaparrín, y Alí.
Chap. No hay un esclavo que salga
à servirme? Alí, Celin?
Alí. Qué mandais? *Chap.* O casta ruín,
engendrado en una galga!
limpia aqui. *Ali.* Tu esclavo soy.
Chap. A mucha grandeza vengo,
ducientos esclavos tengo,
dado à mil perros estoy:
Ola. *Alí.* Señor. *Chap.* Donde están
mis perros para pringallos?
Alí. Limpiando están tus caballos.
Chap. Donde, Moro? *Alí.* En el zaguán.
Chap. Haced que pongan de gala
el alazán. *Alí.* Puesto está.
Chap. Pues qué hace el caballo allá?
subidlo luego à esta sala.
Alí. Por imposible lo hallo:
mirad, que es falible yerro.
Chap. No subís vos siendo perro?
por qué no podrá el caballo?
Há Celinillo? *Alí.* Señor.
Chap. Pon igual la quiroteca:
díme, en la Cosa de Meca
has besado el Zancarrón?
Alí. Señor, nosotros tenemos
por Divino, y por Profeta
à Mohoma. *Chap.* Linda Seta.
Alí. Y por ella morirémos.
Chap. Cómo puede ser Divino
un hombre que no bebió
vino en toda su vida, y mandó,
que no comiesen tocino?
Vanse, y salen Alvar Fañez, Martin Pelaez, y Laín.
Alv. Retirado el Cid está
en su retrete. *Mart.* Esperémos
en esta quadra, y sabrémos
el orden que se nos dá.
Laín. Fatigado de las guerras
está este insigne varon.
Mart. Su invencible corazon
conquistando tantas tierras,
juntamente con la edad,
aún no se quiere rendir.
Dent. Cid. Quien nació para morir,
vivó de su vanidad:

Des-

Descubrese el Cid hincado de rodillas delante de un quadro de San Pedro.

Pedro, ò piedra, donde Christo
fundó su Iglesia Sagrada,
la voluntad del Señor
es norte de mi esperanza:
pequé, Señor, ay de mi!
Mart. Señor, qué teneis?
Cid. Aguarda,
Apostol Santo: Laín,
Alvar Fañez, luz sagrada,
Martin Pelaez.
Mart. Qué accidente?
Cid. Qué accidente? no ser nada
este edificio mortal.
Deudos, y amigos del alma,
compañeros, pues lo fuísteis
en mis dichosas batallas,
Soldados los mas valientes,
q̃ tuvo el mayor Monarca,
columnas del Rey Alfonso,
defensa de toda España,
oíd mis breves razones,
atended à mis palabras.
El gran Apostol S. Pedro,
anoche, quando velaba
el espiritu, y dormia
esta arquitectura humana,
me dixo: Cid Campeador,
antes que pase mañana,
irás à dar cuenta à Dios,
dexa aparte tus hazañas,
que de todas tus victorias,
sola una débil mortaja
sacarás de aqueste Mundo:
amigos, en esto páran
los aplaúsos de este siglo.
Ciento y treinta y dos batallas
he vencido, quince Reyes
de la Agarena prosapia
he cautivado, tres Reynos
he conquistado por armas,
quarenta y siete Castillos,
diez Ciudades en España,
y mas de quarenta Villas
he ganado con mi espada.
Setenta y dos años traxe
las armas en la campaña,
sin q̃ me impidiese el Sol,
ni fatigase la escarcha,
por mi Ley, y por mi Rey,
por mi honor, y por mi Patria.
Pasé al Africa dos veces,
mi valor ha visto Italia,
el Persa tembló mi nombre,
y mi pundonor la Francia.
Tres Reyes he conocido,
Fernando mi nombre aclama,
Sancho estimó mi persona,
y Alfonso mi Ilustre Casa;
pero todas estas glorias,
como son nubes que pasan,
si con la muerte se olvidan,
con la vanidad se acaban.
Este Leon Español,
con la ultima quartana
su esfuerzo vital depone,
su erizada piel arrastra.
Amigos, el Cid se muere,
ya la sentencia está dada
en el Tribunal Divino,
acudamos luego al alma,
que es la joya mas preciosa
q̃ nos dió la primer causa.
Hijos, el Rey de Valencia
pasó al Africa, mañana
con Miramolin, su deudo,
cubrirán esas campañas
de cien mil alarbes Moros;
y si saben (cosa es clara)
q̃ yo he muerto, alentarán
sus Africanas Esquadras.
Embalsamadme, hijos mios,
y con artificio, y maña
ponedme sobre Babieca,
que si yo tengo mi espada,
seré terror de los Moros:
sacareisme à la batalla,
que si tengo la tizona
à vista de sus Esquadras,
no hay que temer, aunque venga
toda el Africa, y el Asia.

Sale Berm. El Rey, señor, por la posta
de Cuenca llega à tu casa.
Cid. Qué decís?
Sale el Rey Alf. No pudiera
suceder mayor desgracia.
Cid. Señor? *Alf.* Amigo Rodrigo,
Sol de las Armas Christianas,
Marte Español, qué teneis,
primo, y amigo del alma?
Sentaos. *Cid.* Perdonad, señor,
que ya las fuerzas me faltan.
Alf. Cómo os sentís? *Cid.* Como quien
pretende hacer la jornada
ultima de nuestra vida.
Alf. Nunca à Valencia llegára
para ver tan gran desdicha.
Cid. Señor, nuestros gustos pasan
como exalacion que muere,
antes de arrojar la llama:
Rey Alfonso, dueño mio,
que vivais edades largas,
pues empezais à ser Sol,
no os eclipsen nubes pardas;
buenos Vasallos teneis,
callen todos los Monarcas,
que la lealtad Española,
por naturaleza sabia,
por decreto de la honra,
solo en España se halla.
Señor, siempre à la Nobleza
dad los cargos de importancia,
que los descuydos de un noble,

son aciertos de otras casas:
Miradme por los Soldados,
que son las columnas sacras
del Imperio, oís, señor,
como à hijos los regala
el buen Principe, y en vos
esos decoros no faltan.
Muy buenas serán las letras,
y es justo, señor, honrarlas;
pero advertid, que dos plumas
pueden gobernar la Mapa,
pero para defenderos
no bastan muchas espadas.
Cien hombres en los Consejos
gobiernan con vigilancia,
y en la guerra muchos miles
aún no gobiernan las armas:
mas estimo yo un Soldado,
que quantos ociosos andan
infamando con los vicios
la nobleza de su Patria,
que el uno vela en la guerra,
y el otro duerme en su cama.
Soldados, Alfonso mio,
que en ellos siempre descansa
el cuydado de los Reyes,
y el peso de las batallas;
porque os sirvan en la guerra,
perdonad algunas faltas,
mueran, señor, por la Fé,
no mueran por sus desgracias.
A Ximena os encomiendo,
mirad, señor, por mi Casa,
como yo he mirado siempre
por vuestra Corona sacra;
y de rodillas:::
Alf. Qué haceis?
Cid. Arrojarme à vuestras plantas,
pidiendoos perdon, señor,
de la enamistad pasada.
Soldados mios, à todos
digo lo mismo, mis faltas
han sido grandes, mis culpas
confiesa à voces el alma:
abrazadme, hijos queridos.
Alf. A los marmoles ablanda.
Mart. Qué dolor!
Alv. Qué pena! *Cid.* A Dios,
que ya el aliento me falta:
misericordia, Señor.
Alf. Llore España tal desgracia.
Vanse todos, y quedan Martin, y Alvar Fañez, y sale Chaparrin.
Chap. Señor, que somos perdidos.
Mart. Qué hay de nuevo, Chaparrín?
Chap. Qué ha de haber, que en esta Playa
el Rey Bucar Bencegui,
en mas de ducientas Naves,
que le dió Miramolin,
va desembarcando perros,
ò Moros de mil en mil:
rabiando vienen los perros,
que no los puedo sufrir,
de haber tenido en sus hombros
tanto galgo Berberí.
No escuchas la algaravía
de los mastines, decir
en lengua podenca, mueran
estos Christianos del Cid?
Si él muere, pienso que irémos
à majar esparto, sí,
à las mazmorras de Orán.
Mart. Alvar Fañez, repartir
podemos nuestras Esquadras.
Alv. Antes que el Barbaro vil
acometa à las murallas,
podemos todos salir
à presentar la batalla. *Vanse.*
Chap. Acabóse, yo perdí
mis esclavos; pero antes,
por vida de Chaparrín,
que he de pringallos primero
que su Rey Miramolin
me los rescate à buñuelos:
voy el tocino à freír,
y à chamuscarles el alma
con uno, y otro pernil.
Vase, y salen el Rey Bucar, la Infanta, y Moros.
Rey. Prospero viento truximos,
las Tartanas, y las Naves,
aquellas cisnos de pino,
y estas del Neptuno aves,
sobre el salado edificio
fueron Planetas errantes.
Arl. Nuestra Armada se compone
de cinco mil Alfacares,
y diez mil Miramolines,
con seis mil ginetes Canes.
Cel. De improviso hemos cogido

à la Ciudad. *Rey.* Por qué parte
será bien que nuestra gente,
ò la combata, ò la escale?
Inf. La Puerta de la Marina
es la mas segura parte,
que podemos escoger
para no perder las Naves
de vista. *Arl.* Seguramente
será la salida facil.
Inf. Valgame Alá, qué silencio
tiene la Ciudad! no sale
à la eminencia del muro
ningun Ministro de Marte.
Rey. Cómo con nuestra venida
no se ven los Baluartes
coronados de Españoles?
Novedad se me hace grande
ver la soledad que tiene
esta Fuerza inexpugnable.
Inf. Tiene el Cid con el valor,
ardides, señor, notables;
pero sesen los discursos,
los Miramolines marchen
al Puente, y seguidme todos
los mas esforzados Martes:
Esta es Valencia, Soldados,
la que por largas edades,
à pesar de los Christianos,
habitaron nuestros padres;
pues la perdimos, volved
ahora por vuestra sangre,
ò restaurarla, ò morir
como buenos Capitanes.
Rey. Ahora, Soldados mios,
es el tiempo que reparte
nuestro Profeta el valor,
nuestros lunados alfanges
rayos de Alá se acrediten
en los tronos Militares;
al Puente, Soldados mios,
que pues al Campo no salen
los enemigos, nos temen.
Inf. La puerta pienso que abren:
toca al arma. *Todos.* Al arma toca.
Dase la batalla, saliendo los Christianos por una puerta, Moros por otra, y saldrá el Cid despues en un caballo, y al verle los Moros huyen como espantados, dando vuelta al tablado, y entrase el Cid.
Inf. Pero este es el Cid, que sale
echando rayos de fuego.
Rey. Valgame Alá, qué espantable!
retiremonos, que viene
este Castellano Marte
abrasando quanto encuentra. *Vase.*
Dent. Mueran los perros cobardes.
Sale Mart. No quede vivo ninguno,
quemadles luego las Naves.
Alf. Aún muerto el Cid se corona
de trofeos Militares.
Todos. El Rey Don Alfonso viva.
Sale la Infanta.
Inf. A tus pies, Christiano Atlante,
la Infanta llega, pidiendo
que tu Magestad la ampare,
dandole el Santo Bautismo;
porque milagros tan grandes,
solo los puede alcanzar
quien tiene à Dios de su parte.
Alf. Sangre Real, que se reduce
à la Fé, justo es que alcance
el estado que merece:
vuestro esposo es Alvar Fañez.
Alv. Es premio de tu grandeza.
Alf. Vos Noble Martin Pelaez,
Virrey de Valencia sois.
Mart. Pues oy mercedes reparte
vuestra Magestad, mi prima:::
Alf. Si es blason de vuestra sangre,
con ella os doy à Requena.
Elv. El Cielo tu vida guarde.
Brian. Oyes, Chaparrín. *Chap.* Brianda,
pues contigo he de casarme,
pidele à el Rey doce Villas.
Alf. Demos, orden Capitanes,
que el cuerpo del Cid se lleve
con triunfo sonoro, y grave
à San Pedro de Cardeña.
Chap. Y porque parece tarde,
demos fin à la Comedia
del Noble Martin Pelaez.

F I N.

Con licencia. Barcelona: Por Juan Serra y Centené, Año 1807.